



El derecho al silencio

FIGURAS REVISTA ACADÉMICA DE INVESTIGACIÓN

ISSN 2683-2917

Vol. 1, núm. 1, noviembre 2019-febrero 2020

<https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2019.1.1>



Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

 Jimena de Gortari Ludlow

<https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2019.1.1.91>

In silence there is always something unexpected, a beauty that catches you unawares, a tonality to be savoured with the finesse of a gourmet, an exquisite repose... never automatic, it happens as if impelled by some inner force. Silence descends... it comes softly and silkily.

JEAN-MICHEL DELACOMPTÉE,

Petit éloge des amoureux du silence (Corbin, A History of Silence)

El silencio es el intersticio en donde acontece —habita— lo inaudito.

JOHN CAGE

He tenido la fortuna de conocer diferentes ciudades del mundo, culturas y rasgos distintos, por lo tanto, trazas y formas divergentes; cada una de ellas con identidad sonora particular que me gusta descubrir cuando amanecer, inclusive en mi propia casa. Caminar en la ciudad en calma, cuando aparecen los primeros destellos del sol genera un clima de introspección muy particular, es-

cucho mis pasos y mi respiración, pero también aprecio el sonido de los pájaros, del viento y de las casas que van despertando, de esa actividad que después inunda cada rincón, es el momento más íntimo que tengo conmigo.

El significado del silencio está asociado a la ausencia, hace referencia a algo que no está presente y sin embargo está lleno de significados, para cada individuo hay una interpretación posible del mismo. En nuestro contexto actual está directamente relacionado con la ausencia de ruido; sin embargo, el significado de éste contempla aspectos subjetivos ya que para algunos implica un grupo de sonidos indeseados, algo que interfiere con la actividad que estamos realizando; es por ello que considero necesario seguir pensando en ambos conceptos como antagónicos pero complementarios. Quizás sin el ruido no podríamos apreciar el valor del silencio, pero hace tiempo que hemos perdido el equilibrio entre ambos y es que debemos aceptar que el ruido ha invadido prácticamente todos los espacios de nuestra vida cotidiana: vibraciones

y diversidad de tonos en los dispositivos, cláxones y motores, vendedores, aviones y helicópteros, etcétera; quizás lo más preocupante es nuestra habituación al mismo, sin entender lo perjudicial que resulta para nuestra salud y lo necesario que resulta rescatar el papel del silencio. Es así como el silencio es cada vez más complicado de alcanzar, difícil de mantener y de garantizar, siendo el ruido y los ambientes ruidosos el destino de la mayoría de los habitantes de las ciudades.

El ruido vende y el consumo ha encontrado un aliado en este fenómeno.

Stuart Sim (2007) afirma que cada generación va incrementando su capacidad de habituación al ruido y que con esto se corre el peligro de dividir aún más a la sociedad, por una política de ruido contra una de silencio en combate permanente. El autor asegura que el ruido vende y que el consumo ha encontrado un aliado en este fenómeno, en su Manifiesto por el Silencio da ejemplos de cómo los espacios asociados al servicio se saturan acústicamente para así asegurar mayores ventas. El ruido como imposición en la vida urbana, el silencio es un mal escaso o incluso los espacios de silencio en peligro de extinción. El silencio se ha convertido en un objeto de lujo en las ciudades, solo posible para aquellos que pueden permitírselo, sería necesario pensarlos como una necesidad indispensable del mundo civilizado.

Sugiere Pallasmaa (2012) que una profunda experiencia urbano-arquitectónica elimina el ruido exterior y nos traslada a nuestro interior, es el lugar en donde se hacen presentes las voces de la gente y las pisadas o pasos. Es decir, nos podemos trasladar a un espacio íntimo en la ciudad, el cual por su arquitectura —forma, materia, percepción— nos permite movernos a un lugar en el que nos escuchamos a nosotros mismos: los sonidos que generamos en contacto con el contexto

y los sonidos que emite nuestro cuerpo, respiración o latidos, por ejemplo. Esto, menciona, resulta en una experiencia que perdura en la memoria.

El silencio nos marca pausas, ritmos, recorridos y establece jerarquías; nos permite ubicarnos en un punto de contemplación en donde la ausencia de la confusión que puede generar el ruido nos estimula a mirar, escuchar y sentir más detenidamente; nos da el espacio necesario. Es una pausa en un mundo cada día más acelerado y emocionalmente agotador, esos espacios en una ciudad podrían ser algunos parques¹ y plazas, los claustros de las iglesias, los patios de algunos edificios antiguos, pero también algunos momentos de la vida cotidiana como el amanecer o el día de asueto, es decir cuando la actividad está en modo inactivo.



No creo que la arquitectura tenga que hablar demasiado. Debe permanecer silenciosa y dejar que la naturaleza guiada por la luz y el viento hable."

TADAO ANDO

El silencio es la posibilidad de escuchar esos pequeños y tenues sonidos, no es la ausencia absoluta de ruido, sin embargo, hemos perdido la idea de lo que es. Dice Corbin (2018) que el silencio es testigo de emociones muy profundas, es un vínculo muy estrecho ya que el silencio es la condición de posibilidad para que algo sea escuchado. Braunstein (2001) define al silencio que precede y que hace posible la palabra, el que

¹ Los parques han sido tradicionalmente los espacios de retiro y de calma de las ciudades, sin embargo, muchos de ellos se encuentran en peligro de ser invadidos por el ruido de la gran cantidad de actividades que se les asignan, pensar en algunos espacios al interior como jardines de silencio podría ser una solución.

es un puente tendido hacia el otro, una invitación y una incitación para que se muestre tal como es, tal como ni él mismo sabe que es. ¿Será que esta posibilidad se encuentra presente en los espacios que habitamos? Existen sin duda espacios que nos incitan a escucharlos o contemplarlos, el caso más claro es un museo.

Sin embargo, argumentaba Picard (1948) que el silencio ya no existe como un mundo, únicamente nos quedan algunos espacios; de manera que, así como hemos acabado con las capas históricas, el patrimonio —lo que denomina como restos del mundo—, asegura que el ser humano es temeroso de su propia historia y por eso es que también le teme al silencio ¿será que en el fondo le tememos al silencio? ¿Es necesario replantearse la idea del silencio en los espacios que se diseñan?

Darle la misma importancia al sonido que al silencio, pensar en cómo la música lo consigue. Al respecto, Hancock (Wolf, *In Tune, music as the bridge to mindfulness*) consideraba que el silencio es no únicamente un componente vital de la música, sino igual de poderoso que las notas musicales, pero que era también una habilidad de vida, aquella que permite descubrir en el silencio la voz interior y crea las condiciones para escuchar las voces de los otros; el espacio que nos hace entender con mayor claridad lo que sucede a nuestro alrededor. Quizás, como ya se ha mencionado, en el mundo contemporáneo en donde todo va deprisa y acompañado de sonido, resulta imposible contar con esos fragmentos, tan necesarios para entendernos como sociedad.

Braunstein (2001) asegura que el silencio no es el tiempo muerto en el ejercicio de la palabra: es el puente que permite pasar de una palabra a la otra, es el espacio de la reflexión, es la fuerza dinámica que entrega su fuerza a la significación. Ningún sonido sería pleno sin la envoltura del silencio, esto podemos

visualizarlo en un edificio o en el paseo por una ciudad; hay espacios de silencio que nos cambian el estado anímico y que nos permiten, cuando salimos de ellos, tener otras perspectivas; en algunos permanecemos, otros son espacios de tránsito; un ejercicio interesante sería pensar en éstos en nuestros recorridos diarios y en lo que nos producen ¿no sería ésta una posible revalorización del silencio en los espacios que habitamos?

Es aquí que resulta necesario revalorar el silencio en la arquitectura y, como sugiere Pallasmaa, entender que la arquitectura tiene como tarea ética preservar la memoria del mundo del silencio, así como proteger los fragmentos de silencio que aún nos quedan, más en una cultura que tiene tal aprecio por la inmediatez y el ruido.

Entender que la asociación que hacemos del silencio a la ausencia de algo debe replantearse y tomar forma en las posibilidades que crea al generar un mayor vínculo con lo que nos rodea; requerimos de una cultura del silencio en donde se recupere su búsqueda en la arquitectura para crear, mantener y proteger un bien que ahora resulta escaso en una sociedad ensordecida y con poca o nula capacidad de escucha. Una de nuestras tareas debe ser el defender el **derecho al silencio**, preservar aquellos espacios en los que aún podemos escuchar nuestras voces y escucharnos entre nosotros para que, de esta forma, encontremos un equilibrio entre el ruido y el silencio. —

Referencias

- Braunstein, Nestor. 2001. *Diccionario de Psicoanálisis*, México: Siglo XXI.
- Corbin, Alain. 2018. *A History of Silence*, EUA: Polity Press.
- De Gortari Ludlow, Jimena. 2013. *Guía Sonora para una ciudad*, México: UAM-Juan Pablos.
- Pallasmaa, Juhani y McCarter, Robert. 2012. *Understanding Architecture*, EUA: Phaidon.
- Sim, Sim. 2007. *Manifesto for silence*, UK: Edinburgh University Press.
- Wolf, Richard. 2019. *In Tune, music as the bridge to mindfulness*. EUA.